

mos. El segundo, el del pensamiento, desacraliza al símbolo, se sitúa en el plano gnoseológico. Hecho de puro razonamiento se vuelve abismático, carece de centro, de sacralidad. El infinito, el tiempo, la eternidad son objetos de conocimiento que nos dejan sin salida, generadores de un pensamiento sin conclusión. El tercer laberinto comprende los contruados y naturales: palacios, jardines, desiertos, la escritura, el mundo mismo. Esta variante nos desorienta. La enfrentamos en los muros de una prisión, en las arenas sin fin, en la repetición de los espejos. El tiempo es el laberinto más inquietante. Vivir es una experiencia laberíntica que Borges enfrenta con la paradoja, es decir con la literatura. Salir del laberinto sería, por ejemplo, salir del tiempo y caer en la eternidad. Ese horror que Borges desafía con otro laberinto: el de la arquitectura del lenguaje, para experimentar la perplejidad.

A las tres dimensiones laberínticas le corresponden, en el seguimiento de Bulacio, tres tipos humanos: los que buscan el hilo de Ariadna; los que nada esperan; los que desconocen el laberinto cobijados en los fundamentos de la fe o de la razón. Según Bulacio, Borges pertenece al primer tipo. Los lectores se lo confirmamos. Sin desconocer su escepticismo pero tampoco su ética es casi un deber para él imaginar un laberinto y un hilo. Del mito a la ética, de lo sagrado a las

encrucijadas de la razón, Borges nos dona un camino con otros caminos en compañía de la palabra, nos vuelve caminantes.

Finalmente, Bulacio asevera la condición de filósofo de Borges apelando a la filosofía como amor a la sabiduría y no como conocimiento; a la filosofía como tarea, tal como la recordamos en Sócrates. Desde este lugar examina las posturas cultivadas por Borges: el gusto por la evidencia y la ambigüedad a la vez, sembrar la duda, como Sócrates, pero sin dramatismo, no arrogarse la verdad ni el saber. Podemos coincidir o disentir con la aseveración de la autora, lo que no podemos dejar de compartir, como lo demuestra Bulacio, es el tomar cualquiera de los senderos borgeanos y descentrarnos, sernos dubitativos, poéticos, humildes, sernos Borges.

Desde luego es un logro por parte de la editorial Victoria Ocampo escandalizarnos con el rigor y la libertad de un pensamiento que juega en eco con el de Borges.

Lucrecia Romera

El fondo de la maleta

Los cincuenta años de *El llano en llamas*

La carrera narrativa de Juan Rulfo describe una curiosa y brevísima curva, que va de *El llano en llamas* (1953) a *Pedro Páramo* (1955). El escritor mexicano vivió luego de ésta unos treinta años sin publicar nada más, anunciando que estaba escribiendo una novela inexistente.

Escasos literatos han tenido el privilegio de una decisión semejante: saber de antemano cuántos libros debían escribir y atribuirles el grado de madurez de las obras maestras. Rimbaud, Baudelaire, Leopoldo Alas como novelista, Ippolito Nievo y, si se quiere, Tomasi di Lampedusa y Proust. Esta olímpica nitidez y este arresto formal no son la regla, mucho menos en estos tiempos de escritores a la carta, pagados en mensualidades por unos editores que los convierten en graforreicos fabricantes de textos.

La obra de Rulfo es nítida y escueta como el paisaje desértico que menudea en ella. Escenografía de un aspecto trágico de la vida —morir sin dejar de vivir— nos pasea por la historia del México posrevolucionario y una condigna sucesión de cementerios, así como por una de las mitologías más fuertes de la

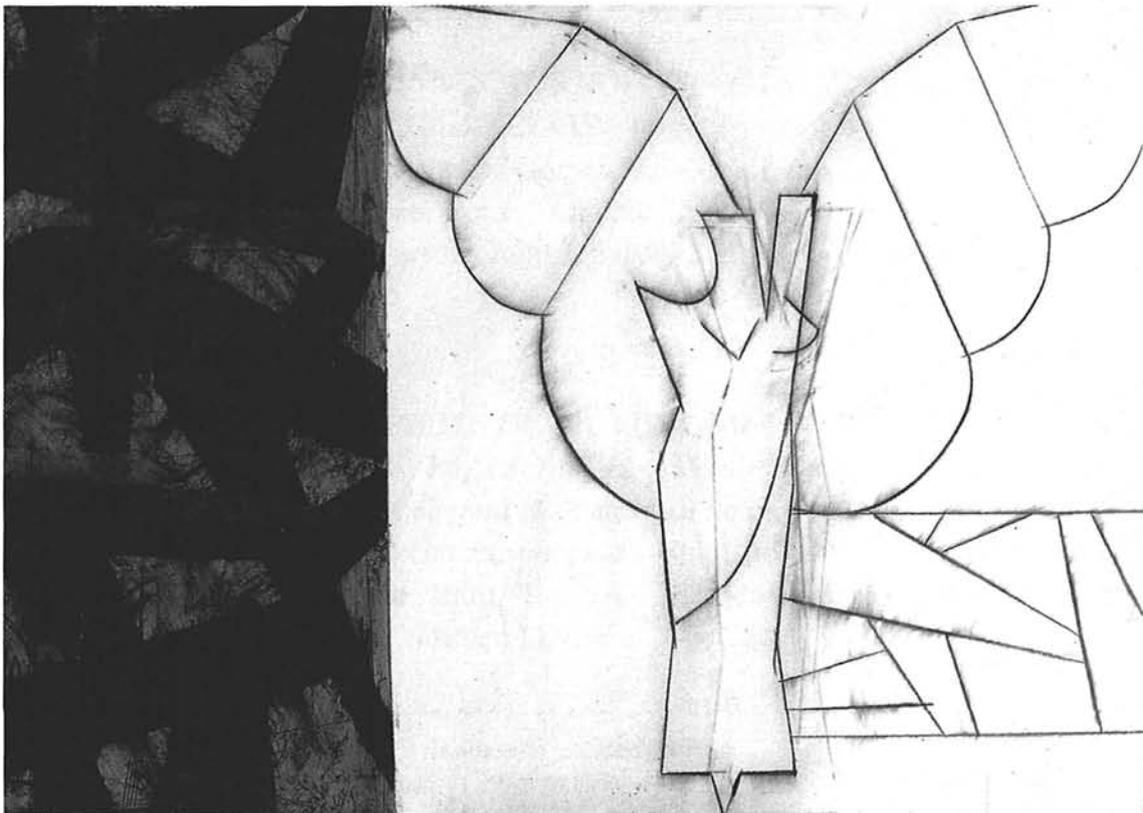
humanidad: la sospecha de que este mundo es un camino de perfección en que expiamos una culpa innominada y nativa. El Purgatorio es la escuela moral de la humanidad, llena de una luz quemante que semeja esa hoguera donde arde el llano rulfiano.

Un tópico, francamente molesto, de la crítica al uso ha venido hablando de un periodo de aridez y extenuación literaria en el caso de Rulfo. En efecto ¿por qué no nos dio más libros, seguramente tan excelentes como los dos mencionados? La pregunta no sólo es banal sino absurda. Un escritor no tiene por qué escribir un solo libro, ni cien ni mil. Ni tiene por qué escribir cada día como si fuera un notario, un calígrafo o un periodista, para ganarse el pan con la escritura. Un escritor ha de escribir apenas lo que necesariamente deba escribir y, una vez hecho el trabajo, dejar de escribir. No se es escritor como se es álamo, sapo o montaña, a tiempo completo. Se es escritor en los contados momentos de la vida en los cuales la invención se confunde con lo escrito.

Rulfo no fue un escritor extenuado a partir de 1955. Un escritor extenuado es aquel que se pone a

redactar algo que resulta fatigado y
bodrioso, no una obra maestra
como *Pedro Páramo*. Un escritor
extenuado es un siervo de la litera-
tura como oficio. Rulfo, muy por el

contrario, fue un señor de sus libros.
Con el mismo señorío que alimentó
su tarea, tomó la imperial decisión
del silencio. O sea: el confín de la
buena palabra.



Juan Lecuona (1999)

Colaboradores

- IRMA ARESTIZÁBAL: Curadora de arte argentina (Roma).
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS: Musicólogo cubano (Wiepersdorf, Alemania).
FERNANDO COCCHIARALE: Crítico de arte brasileño (Río de Janeiro).
KATHERINE CHACÓN: Investigadora y curadora de arte venezolana (Caracas).
JAVIER FRANZÉ: Politólogo y ensayista argentino (Madrid).
ANDREA GIUNTA: Crítica de arte argentina (Buenos Aires).
GUSTAVO GUERRERO: Ensayista y crítico venezolano (París).
PAULO HERKENHOFF: Curador de arte brasileño (Río de Janeiro).
MAY LORENZO ALCALÁ: Escritora y diplomática argentina (Buenos Aires).
ÍTALO MANZI: Crítico de cine argentino (París).
MARIE-AGNÈS PALAISI-ROBERT: Hispanista francesa (Toulouse).
NELLY PERAZZO: Crítica de arte argentina (Buenos Aires).
JAIME PRIEDE: Crítico literario español (Gijón).
LUCRECIA ROMERA: Escritora argentina (Buenos Aires).
SANTIAGO SYLVESTER: Escritor argentino (Buenos Aires).
GUSTAVO VALLE: Escritor venezolano (Caracas).
JUAN GABRIEL VÁZQUEZ: Crítico literario colombiano (Barcelona).